

Todo comenzó un Domingo de Ramos en Las Palmas. Tamarán es el país de las tamaras, y con sus más tiernas ramas amarillas, haciendo rizos, sale el pueblo a la calle para recibir al Señor. Cara de angustia se le adivina bajo la fuente verde de la palmera. Fanales, altos fanales, conteniendo velas pequeñas. Y los cálices blancos de las flores de grueso peciolo amarillo sobre los bonetes de los curas. Mañana de sol en el parque y mar alto de ventanas abiertas.

Hiato de la Semana. San Francisco, Vía Crucis y el Señor en el Huerto de los Olivos. Las calles mojadas aún y ya el Señor las llena de oraciones. La tarde es larga, de teoría de sotanas. Cristo de la Humildad y Paciencia entre varaes de plata... El martes se abre la vieja herida de Santo Domingo. Domingo de los pescadores, lunes de los franciscanos, martes de los dominicos. Parece como si aún las cosas conservaran el sabor de los viejos claustros, de las pinturas minias, de cuando el mundo era de los gremios y las órdenes mendicantes. El arte de la iglesia colonial coronada por el perro, la Virgen y la estrella, da paso al Cristo de la Columna. A última hora la calma abso-

LA ISLA

SEMANA SANTA

luta de la plaza huele a viejas, a santeros de Vegueta, a cera cayendo en los altares.

Miércoles Santo

¿Empezó aquí la Semana? ¿Fue pura patraña ese día de la luna y ese día marcial del septenario? Santo Domingo despide al Señor de la Cruz a Cuestas.

—Mira a Simón Cireneo ayudándole al Señor.

—¡Niño! No se señala con el dedo.

Por la plaza de Santa Ana se acerca la Victoriosa, la Verónica, al Señor. El sudor de su rostro son pétalos de tuberosa. Su sangre, rojos geranios:

Que dellas quiere tener la Verónica su ramo, y para llevar prendida una rosa sobre el manto extiende paño de lino sobre el rostro sacrosanto.

La multitud se agolpa entre el Ayuntamiento, la Regencia, el palacio del Obispo, la Catedral y las casas del borde sur. Todos presienten la llegada del Señor. Los años pasan y se repite la escena. Los pueblos gustan de lo que conocen:

En la Plaza de Santa Ana ya lo estaban esperando, y el obispo lo bendice desde el balcón de palacio. El encuentro celebróse ya como todos los años: la Virgen llorando sola el silencio de los nardos y San Juan que la acompaña a la catedral se entraron.

Jueves Santo

El día de los altares con mil saetas clavadas de luz. En la catedral, en Santo Domingo, en San Francisco, en San Agustín, en San Bernardo, en los Jesuitas, en las Siervas, en las Dominicas, en el hospital de San Martín: ella va con su mantilla —llena de encajes bordados—. El la acompaña a la iglesia —gruta de cirios granados—.

Viernes Santo

Grita el sol en las calles. Los apellidos ilustran las aceras y los tronos. Es el mediodía del patio de los Naranjos, de la Sala Capitular, de la Capilla de los Dolores y de la calle del Reloj y del Espíritu Santo. El Tiempo humano y el Tiempo divino tienen su esquina frente al estanco de los Feos y a los buchínches de por allí.

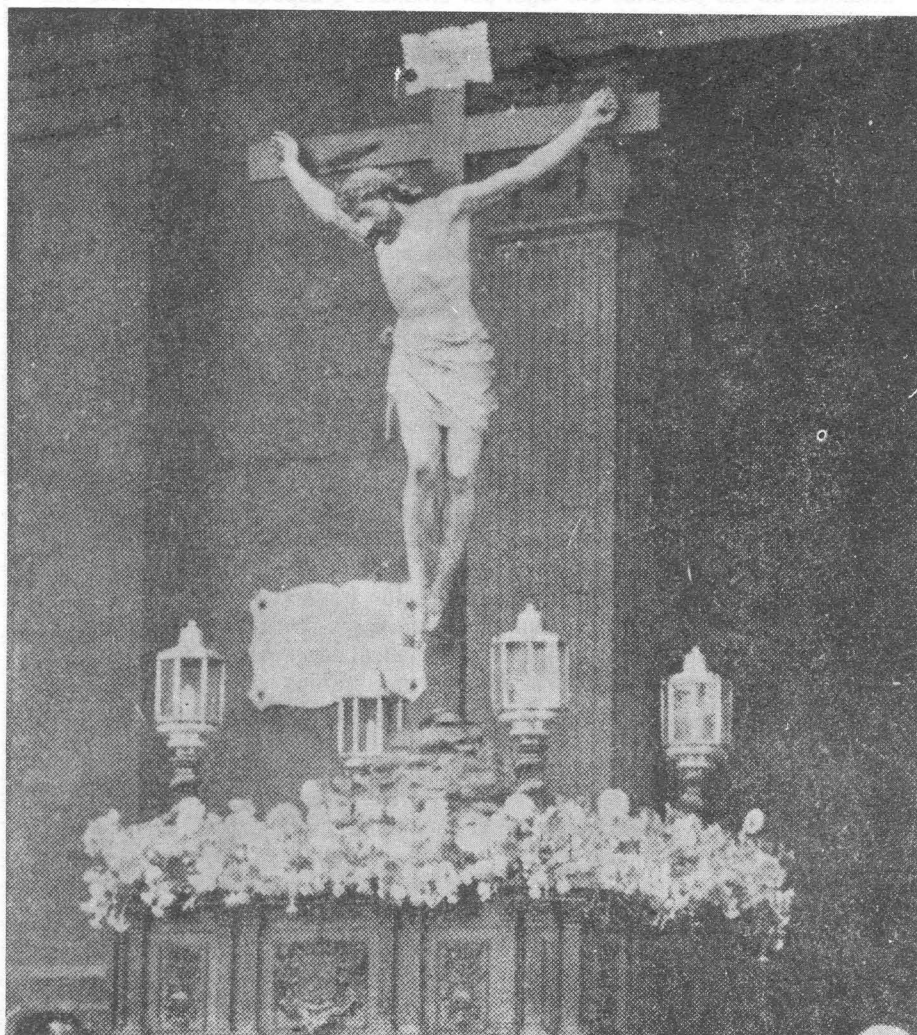
¡Y el Cristo Capitular sobre los blancos mosaicos! Siete rosas sin corolas por darle sangre a los clavos.

Las flores coronan los tronos de madera, las mantillas negras hormigean...

La Virgen de los Dolores de lejos lo está mirando.

La noche del Viernes Santo es como el manto de la Soledad, de Nuestra Señora de la Portería:

¡Ay, alameda, qué chiquita te me quedas! ¿Por qué las luces sonaban de tan extraña manera?



ANTONIO DE LA NUEZ